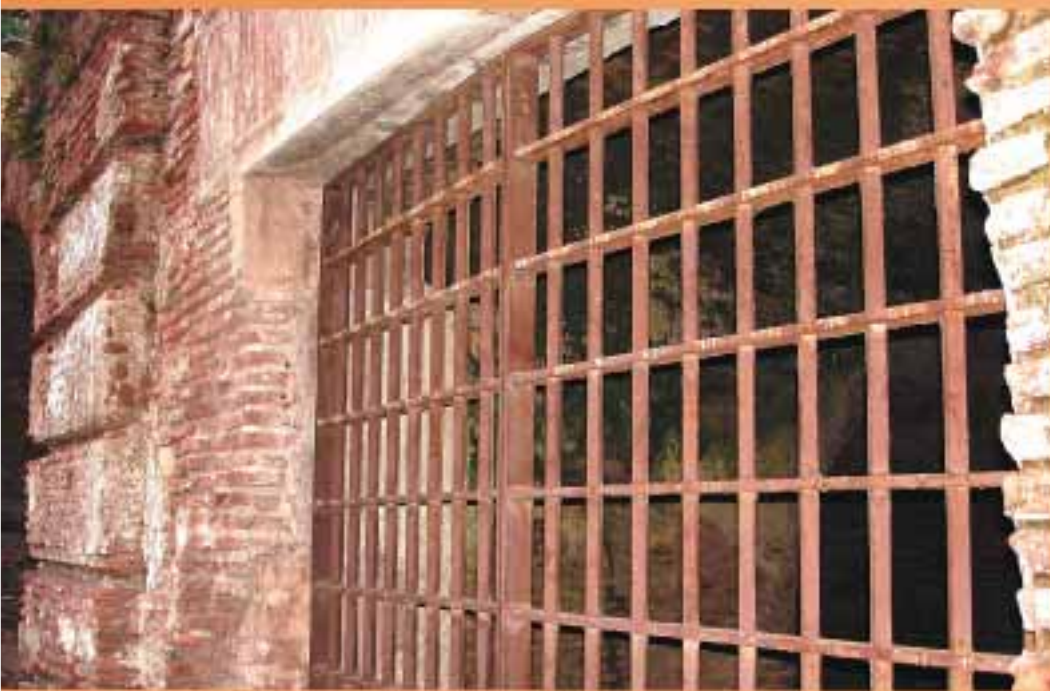


Desembarco en Buenos Aires

Mabel Pagano



Cuando lees sos más

LIBRE

DESEMBARCO EN SAN TELMO

MABEL PAGANO

Mire, señor, en mi casa "inglés" empezó a ser una mala palabra desde que tuvimos las noticias de la invasión. Imagínese entonces qué fue lo que sentimos el año pasado, cuando desembarcaron. No quiera saber la de palabrotas que mi finado marido dijo en contra de don Hilarión de la Quintana por haber entregado así como así la ciudad y el fuerte. No quiso ni escuchar al padre Serafín que trataba de calmarlo diciéndole pero Manuel, cabeza dura, ¿qué podía hacer el pobre brigadier sin municiones, con pocas armas y hombres que, además de escasos, no tienen instrucción? No se vaya a creer que el Virrey se salvó del ataque porque, según él, en vez de irse a Córdoba para armar la defensa, tendría que haberla organizado aquí, donde había muchos vecinos dispuestos a enfrentar a los invasores. Y le diré más, hasta el propio Carlos Cuarto fue víctima de la furia de Manuel, porque opinó que cuando uno es Rey tiene la responsabilidad de pensar por los otros y que, habida cuenta de la guerra que tenía allá, no era suficiente con que previniera a Sobremonte avisándole lo que podía pasar, sino que tenía que haber mandado con qué defenderse. Y bueno, él era así, impulsivo y quería mucho a esta tierra donde habían nacido sus tres hijas. ¿Qué le va a hacer si Dios no quiso mandar varones? Se resignaba el pobre mientras miraba crecer a las muchachas. Y claro que

“Desembarco en San Telmo” de Mabel Pagano
en *La otra palabra. Antología de cuentos “Concurso Avon con la Mujer en las Letras”*
Editorial Biblos, 1999.
© Mabel Pagano

Imagen de tapa: *Aduana Taylor, Museo de la Casa Rosada*, fotografía de Margarita Eggers Lan
Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Cuando lees sos más libre”

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2005

fue de los primeros en alistarse cuando usted llamó para la reconquista y también de los primeros en caer en el ataque de la plaza de toros. Yo siempre digo que ojalá se haya dado cuenta de que iban a vencer a los ingleses, tanto como para no morir con la pena, ¿no le parece? Seguimos nosotras con la pulpería porque ¿de qué íbamos a vivir si no? Además yo sabía cómo hacerlo porque siempre lo ayudé a Manuel y las muchachas se nos parecen por lo guapas y voluntariosas, así que... nos hicimos cargo. Nunca nos faltaron el respeto y si alguno intentó zafarse lo pusimos en su lugar. En mi local se toma, se come y se ríe pero nada más y eso lo saben todos, no sólo la gente de San Telmo sino la de la ciudad entera y los alrededores, porque mis clientes vienen de muchas partes y nadie podrá decir que no ha salido conforme. Se sirve bien y se cobra barato, ¿qué más pueden pedir? Sí, disculpe, a eso iba señor Comandante. Hágase cargo cómo nos sentíamos. Nadie ignoraba que ellos iban a hacer otro intento, si estaban ahí, fondeados en la boca del río, esperando la ocasión. La mala sangre de Manuel ahora me la hacía yo y mis hijas me acompañaban porque sabíamos que en cualquier momento les llegarían los refuerzos que esperaban y entonces... Teníamos confianza en usted; se hablaba mucho de cómo estaba preparando la defensa, juntando armas y enseñando a los vecinos a ser soldados, pero la preocupación nos hacía cerrar las puertas temprano y estirar los oídos en el medio de la noche para escuchar cualquier ruido sospechoso. Al fin sucedió. Por un resero nos enteramos enseguida del desembarco en Ensenada.

Cuando vino el revés de Los Corrales y la dispersión de la gente, se nos arrugó el corazón. Nadie sabía adónde estaba usted y empezamos a sentirnos abandonados. Había muchos hombres esa tarde en mi pulpería, algunos confiando, otros en el desánimo, pero todos atentos. Nosotras también, al punto que a pesar de que ya casi era de noche, yo no quería cerrar las puertas. No sé, es como si presintiera que algo iba a pasar. Y pasó. Parece que a medida que avanzaban por la ciudad, los gringos iban pidiendo de comer y tomar en las casas y en los almacenes. Los que llegaron a mi pulpería eran doce. Entraron empujándose unos a otros, dándose palmadas en la espalda y riéndose. Se los veía contentos y con ganas de festejar. Se acomodaron en el fondo del salón y empezaron a pedir bebidas. Los otros parroquianos se miraban entre sí, medio como sin saber qué hacer. Algunos de ellos amagaron con írseles encima; yo los detuve y les indiqué a mis hijas que fueran a servir lo que los forajidos pedían, tratando de no acercarse demasiado, por las dudas. ¿Que si tomaron mucho? ¡Mire la pregunta que me hace, Capitán! ¡Se mandaron al garguero toda el aguardiente que había! Así quedaron también. Viéndolos como estaban, desparramados en las sillas unos, otros dormidos sobre la mesa con la cabeza apoyada en los brazos, las chaquetas desabrochadas, los ojos perdidos y la baba corriéndoles hasta el cuello, se me ocurrió la idea. No me pregunte cómo, será por lo que le aclaré antes, en mi casa un inglés es un enemigo... Cuando se los conté a los pocos hombres que todavía estaban en la pulpería, primero opinaron que era

una locura y después se encogieron de hombros diciendo bueno doña, si se anima... Les pedí que se fueran yendo y le recomendé a cada uno que se mantuviera alerta porque seguro que usted iba a aparecer a la mañana siguiente y todos harían falta. Entonces hablé con mis hijas. Buenas muchachas, como le dije, corajudas. Estuvieron de acuerdo, no faltaba otra cosa... Y ahí nomás, con distintos engaños, los llevamos para un cuarto grande que tenemos en el fondo y los encerramos. Al principio, distraídos como estaban con la borrachera, ni se dieron cuenta, pero al rato empezaron a gritar. Yo misma fui a darles la novedad. Abrí la ventana que por suerte tiene rejas, y les dije no alboroten señores; ustedes son prisioneros y ahí se quedarán. Cuando me preguntaba si habrían entendido algo porque yo de inglés, ni una palabra, oí una voz ¿Y hasta cuándo nos tendrá encerrados, señora? Medio atravesado pero hablaba español el hombre. Aunque no pude verlo bien porque la vela que les habíamos dejado alumbraba bien poco, le contesté por lo menos hasta mañana. Entonces sabremos si ganan ustedes o si ganamos nosotros y ahí se verá qué hacemos. Él se acercó riéndose, como si descontara que ya estábamos vencidos y yo le cerré la ventana en la nariz. Después de revisar la tranca me fui a dormir y les dije a las muchachas que hicieran lo mismo. Claro, no contábamos con que aquello se fuera a alargar mucho pero amaneció y no hubo novedades. Parecía que la ciudad había sido abandonada y, según nos enteramos, también en los arrabales todo estaba quieto. De usted, ni noticias. Apenas me levanté fui para el fondo, abrí

la ventana y los miré. Los gringos estaban hablando entre ellos y parecían tranquilos. Cuando me vieron todos se dirigieron al que según pude ver enseguida, era el que hablaba español. Con una amabilidad que me dejó sorprendida –si consideramos lo que se puede esperar de ellos– el hombre se acercó y me dijo que tenían hambre, si por favor no les podría llevar algo de comer y también un balde de agua para lavarse y otro para... Le contesté que no se preocupara y mandé a mi hija la mayor con dos paneras llenas y un queso entero. Por el otro asunto lo despaché a Zoilo, el mestizo que me ayuda en el almacén y que justamente vive en ese cuarto. Muy despabilado el hombre, hizo que todos se pusieran contra la pared y luego abrió la puerta, metió los baldes y cerró de nuevo. Llegó el mediodía y hubo que darles de comer, cosa de la que también se ocupó Josefa a pedido de ella. Un guiso de ternera con arroz. No dejaron ni el olor. Y mientras tanto la ciudad seguía silenciosa y usted sin aparecer. A la media tarde hice unos bollos y allá los mandé para el fondo, con varios jarros de leche. Sí, la Josefa, que parecía disfrutar con el servicio. Yo no le di importancia, señor, porque como ya le dije, para nosotras, los ingleses... cuanto más lejos mejor. Más bien me dediqué a preguntar a todos los que se me pusieron delante qué era lo que iba a pasar. La primera noticia llegó al anochecer, informándonos que usted se encontraba en un rancho de la Chacarita y que se disponía a marchar hacia la ciudad con sus soldados mientras iba juntando a la gente dispersa. No pude evitar acercarme esa noche al galpón para decirle al gringo

que hablaba español, por ahora puede seguir riéndose; me parece que mañana voy a ser yo la que se ría. Él, en vez de contarme, dijo vaya a dormir tranquila, señora, que tenga buenas noches. En el patio me la crucé a la Josefa que iba para el fondo con una jarra. Ya les serviste la comida hace rato, ¿a qué vas ahora? le pregunté. Ella contestó que uno de los gringos tenía mucha sed y entonces... Me encogí de hombros y seguí mi camino. Capitán, el agua no se le niega ni a los enemigos. Sí, sí, ya estoy llegando a lo que vine a contarle. Bueno, ni bien amaneció hubo algunos movimientos porque el alcalde había ordenado abrir zanjas y levantar los muros en las calles. A mí me contaron que hasta el propio señor de Álzaga salió en camisa y con una pala a cavar pozos. Al rato nomás empezó el tumulto, los invasores se fueron al humo y no contentos con ocupar la plaza de toros, el parque de artillería y el convento de las Catalinas, se largaron para el fuerte, sin contar con que usted ya estaba aquí. El resto lo sabe: mientras por un lado su gente recuperaba lo que ellos habían tomado, por el otro el pueblo atacaba desde las calles, los balcones y las terrazas y cuando se los arrinconó en Santo Domingo se acabó todo. ¡Gracias, Santísima Virgen! Así sucedieron las cosas, Comandante. ¿Qué más puedo decirle? Ah, sí, lo otro. Bien, cuando las cosas se tranquilizaron un poco, lo mandé al Zoilo a que viniera a dar el aviso de los ingleses que teníamos encerrados. Al rato nomás aparecieron sus soldados a buscarlos. Fueron sacándolos de a uno y haciéndolos marchar en fila hacia la calle. Cuando el último que quedaba apareció en la

puerta, Josefa cruzó el patio y dijo ¡un momento! mientras agarraba al inglés –sí, el que hablaba español– del brazo. Como no dándose cuenta de que tenía todos los ojos clavados en ella, me miró para pedirme: mamá quiero hablar con usted. Bueno, vamos a mi pieza, contesté, ya palpitándome lo que pasaba. De camino encargué a mis otras hijas que se ocuparan del gringo y a sus hombres les indiqué la salida, vayan nomás, éste se queda aquí por el momento... yo me ocupo... Dentro de un rato voy a ir por el fuerte a hablar con el Capitán. Y aquí me tiene. A Josefa le dije que estaba bien ¿qué otra cosa podía hacer? Hay asuntos contra los que no se puede pelear. Pero eso sí, puse condiciones y ella estuvo de acuerdo. También él, después. Se llama John que en cristiano viene a ser Juan. Deberá ayudar en la pulpería en los trabajos más duros y le tendremos siempre un ojo vigilante encima porque con los ingleses nunca se sabe y menos con éste, que ya anduvo en la guerra contra los españoles en el África y por el norte de América. Además, le repito, en mi casa, una mala palabra, pero... yo aprendí hace mucho que no se debe ir contra el destino. Por lo demás, señor Liniers, acepto orgullosa el honor que me hace con ese nombramiento de sargento mayor. El sueldo será para los huérfanos de San Ignacio. En cuanto al uniforme, lo usaré en todas las celebraciones hasta que me muera. Y ahora me voy, pero antes y como por ahí andan diciendo que usted será nuestro próximo Virrey, quiero hacerle saber que puede contar conmigo para lo que sea. Martina Céspedes es una criolla de ley.

MABEL PAGANO

Nació en Lanús Oeste en 1945. Ha ganado más de 60 premios literarios, entre ellos el Fortabat y el Emecé, éste en 1988 por su novela *La calle del agua*. Publicó una decena de libros de cuentos, algunos de los cuales integran antologías en diversos países. El suyo es un ejemplo perfecto de escritura "secreta". Entre sus obras encontramos: *Trabajo a reglamento*; *Lorenza Reinafé, o Quiroga, la barranca y la tragedia*; y *Enero es un largo lunes*.



MINISTERIO de
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA de la NACIÓN

LA RAZON

Fundación
Noble

Grupo Clarín



Sociedad de Propietarios
de Automóviles con Taxímetro



Unión Propietarios
de Autos Taxis



Sindicato de
Peones de Taxi



Cuando lees sos más libre